

*El maquinista del bosque*

*Guadalupe*


Chenco - Nivel: Bachillerato

24

Se dirigía a visitar al maquinista del bosque. Hacía siglos que había entrado como pasajero entre los árboles, porque le habían dicho que el bosque se movía en dirección norte, lejos del mar. Pero el visitante quería llegar antes de que la cima azul del Everest dejase de vigilar todo el planeta, y ya empezaba a redondearse, mientras otras montañas amenazaban con crecer. Le diría al maquinista que se diera un poco más de prisa.

La maquinaria del bosque era una mole de metal caliente en medio de los árboles, que sobresalía del suelo, escarpada e irregular como una roca negra. Pasó a través de la entrada sin puerta y pronto alcanzó el puesto de mando, desde donde el maquinista dirigía a sus animales y manejaba sus árboles y plantas. Seguro que él ya se había enterado de la visita. Los árboles más retorcidos, aquellos cuyas ramas miran en muchas direcciones, esos siempre lo vigilan todo. El maquinista estaba sentado en su sillón. El visitante le llamó e incluso le zarandeó un poco, pero el maquinista no respondió.

El maquinista había muerto. En realidad llevaba mucho tiempo queriendo rendirse, pero el bosque no puede quedarse sin capitán, y tuvo que esperar a una persona que le sustituyera. Ahora, el visitante debía ocupar su puesto enseguida. Era muy urgente que hubiera un maquinista en todo momento. Las raíces empezaban ya a tiritar de frío al sentir la falta de rumbo, desorientadas. Después de todo lo que él había esperado, ahora, le exigían que él tuviera prisa por tomar los mandos. Pensó... en negarse, estaba enfadado, pero un bufido rabioso que escupió la maquinaria le hizo apartar el cuerpo nudoso del antiguo dirigente del bosque y sentarse en su lugar.



Si lo, mmm... pensaba, aquello era bueno. Ahora él controlaba el bosque. Le haría ir más deprisa para llegar a su destino. Seguro que, al final, podría llegar en el plazo previsto.

O, bueno, tampoco tenía la necesidad de ir... tan... deprisa.

En realidad ya le daba igual, porque a partir de ese momento y hasta el final de su vida, que era larga, muy, muy larga, se vería obligado a estar al mando del bosque en todo momento.

Así que, ¿por qué no relajarse?

Empezó a advertir la transformación. Se estaba volviendo un auténtico maquinista. Perdía el gusto por... la velocidad. Sí, eso, la velocidad. Se quedaba mirando todo... un buen rato, largo, hasta que dirigía su mirada hacia otro lugar. Sus movimientos se volvían... más lentos, y menos mecánicos, como las ramas, de un árbol, al estirarse... y... s u s... m a...

## BEBÉ HAMBRIENTO

Pseudés 09  
ESO

Una desesperación agobiante inundaba el ánimo de Marco. Al compás del berrinche de la pequeña temblaban los cimientos de la casa. El blanco de las paredes se oscurecía con cada nuevo sollozo y los pasillos se estrechaban, como intentando atrapar el sonido que se extendía por todos los rincones desde hacía horas. Cuando volvió de la cocina con dos botellas de zumos, su mujer le miró desesperada: cuatro bricks de leche y dos cartones de batido de chocolate yacían, agotados y secos, tras haber cumplido su función en esta vida.

Resultaba que Marco y su mujer se habían ido de fin de semana, dejando a la niña sola, en la cuna. Con nueve meses, supusieron (malos padres) que podría resistir y luego darse una comilona y ser feliz. Pero ahora el tiempo corría y la pequeña bestia voraz devoraba cuanto se le daba. Los labios se adherían a los bordes de cartón y las encías mordían con energía inusitada, chupando con fruición de lo que se le diese hasta no dejar ni una pobre gota. Es terrible ver cómo la situación se te escapa de las manos, cómo se escurre entre los dedos por mucho que la intentas retener, como arena de playa.

Se terminó el zumo. Ya era por la noche, y habían batido yogures, hecho zumos con toda la fruta que tenían, habían rogado a los vecinos que les diesen algún cartón de leche. Pero ahora, el hambre hacía más estragos en el estómago insaciable del bebé. Se podía ver cómo el vientre hinchado se retorció como un animal herido de arriba abajo, de un lado a otro, con rapidez de bólido.

“Se acabó”, dijo Marco. “Voy al mercado. Compraré toda la leche y a la vuelta pasaré por la farmacia; ya sé que el médico dijo que sólo era hambre, pero puede que tengan algún calmante efectivo”.

Su mujer levantó la vista, aunque Marco habría preferido que no lo hiciera: alrededor de los ojos, surcos violetas y rojos resaltaban sobre la palidez cadavérica de un rostro al que el espanto había robado toda hermosura.

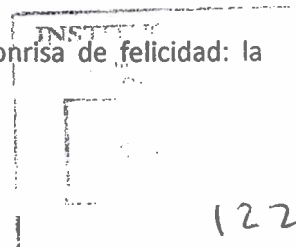
Se le encogieron las tripas con horror. Toda la ansiedad del día subió a sus ojos calentándole la frente; sudó como nunca, el vello del brazo se le erizó hasta parecer un erizo inquieto. Las manos le temblaban, le salía espuma de la boca. Lúcidamente, prefirió ir corriendo a coger el coche. Como un perro rabioso saltó todas las vallas, cruzó todas las calles. En su cabeza resonaba con demoníaca insistencia la nota aguda del chillido inhumano de su hija.

Cuando entró en casa, sólo se oía el silencio. En una esquina, una bandada de moscas, en la que habría reparado de no ir tan nervioso, revoloteaba con placer. La figura de una niña pequeña se acercó a gatas.

“Hola, cariño; ¿y mamá? ¿Dónde está mamá, cielo?”.

El bebé achinó los ojos al abrir la boca desdentada en una sonrisa de felicidad: la felicidad de haber apaciguado, por fin, el hambre.

1143



1222